

La calle para el martes 13 de marzo de 2007
Diario de un espectador
Helicópteros
por miguel ángel granados chapa

Gabriel García Márquez festejó su octogésimo cumpleaños, hace una semana, en la más discreta intimidad. Luego se le ha visto en lugares públicos, también en ánimo de festejo, como ocurrió cuando con Mercedes Barcha, su esposa, cenó en un restorán de Plaza Loreto (La Taberna del León, originalmente establecida en Valle de Bravo) con Carlos Fuentes y su señora, Silvia Lemus. Luego, el escritor más famoso del mundo viajó a Cuba, para saludar a su amigo el presidente Fidel Castro, con quien no pudo encontrarse en diciembre pasado (como hace siempre que llega a la isla) debido a sus malestares (los de Castro, que García Márquez parece haber superado los suyos, en buena hora).

Hace casi sesenta años, cuando apenas había cumplido veinte, y era como aseguró después, “feliz e indocumentado”, García Márquez escribía textos ligeros en *El Universal*, de Cartagena, ciudad a la que vuelve de tanto en tanto y donde será figura central, dentro de poco, cuando se realice allí un congreso de academias de la lengua. Se apreciará entonces, como se ha apreciado desde mucho tiempo, el estilo de un autor capaz de llenar con prosa densa el espacio que le estaba reservado, “con la desolada certidumbre de no haber dicho nada”. Eso le parecía a su propia exigencia juvenil. Pero comprobará usted que no era cierto:

“Yo podría decir: ahí vienen los helicópteros. Decir que a nuestro paisaje le está haciendo falta su presencia de pájaro fantástico, legendario. Que los niños campesinos sentirán el rumor de su vecindad por el hilo de los cometas, que lo verán venir, absortos, abanicando el cielo de los árboles, a posarse sobre la tierra recién arada a la orilla del agua, como un barco ascendido.

Recordaría ‘Las mil y una noches’. Diría el hechizo de las alfombras mágicas que con sólo oír una voz se llevaban al hombre por encima de los camellos y las montañas. Anotaría que el viajero iba glorioso, bello y transfigurado, por entre las espadas del aire, respirando un olor a lejanía mientras soltaba una canción luminosa y ancha como un alfanje.

Podría hablar de la aventura del vuelo. Decir que en su embriaguez es la revelación de nuestra escondida bondad. Que cuando sentimos el avión suspendido sobre los hombros del aire, descubrimos inesperadamente que aún nos queda la capacidad de angelizarnos. Recordaría entonces las cosas que hemos visto otras veces desde nuestra elevada estatura arcangélica. Hablaría de aquella aldea anónima pastoril, que pasó una vez a la orilla de nuestro viaje, Diría que el vientre de la aldea estaba curvado. Lleno de una gravidez frutal, de un silencio que se parecía en algo al de una madre dormida. Que más allá, desenvuelto, estaba el río indispensable. Y que venía mansamente, hablando de racimos y de niños, como si no corriera el paisaje sino por la memoria de la aldea.

Podría recordar ahora, como aquella vez, lo mucho de falsa, de artificial, que había en esa beatitud. Decir que hay un doloroso desequilibrio entre la velocidad de la máquina y la tranquilidad del espíritu. Que el trepidar de los motores, el ansia de la ruta que se va prolongando hacia el atrás como una sed insaciable, no puede proporcionarnos aquella blancura, aquella limpieza de alma.

Podría, ahora sí, volver al helicóptero. Decir que él tiene sobre el avión no sólo las ventajas de que puede anclar a la ribera de un árbol, descender hasta la espalda de la yerba, quedarse suspendido del aire, pensativamente; sino que tiene —y esta es la principal— la ventaja de lograr la serenidad. Me acordaría de los pájaros y diría que lo poético, lo musical del helicóptero es lo poco que tiene de máquina y lo mucho que tiene de colibrí.

Yo podría decir todas estas cosas y muchas más, y quedar al final con la desolada certidumbre de no haber dicho nada”.